

das por el sistema constitucional, que ver al heredero presuntivo de la corona ponerse al frente de la oposicion; porque lo impulsan á ello los móviles más eficaces de vanidad y de ambicion, estando cierto de no ser sino el segundo en concepto del partido gobernante, que no puede merecerle otra merced sino es la de que lo conserve al frente de los negocios, y de que será el primero en las filas de sus contrarios, que lo esperan todo de su mano; y más sabiendo que los hombres sienten y desarrollan más afecto hácia la persona de quien aguardan lo que no tienen, que hácia la del que sólo puede mantenerlos en el goce de aquello que ya poseen. Por esta causa, un heredero presuntivo que aspire á disfrutar en toda la extension de la palabra del placer, de los halagos, de las lisonjas más elocuentes y del respeto más profundo, deberá de aliarse á los que buscan por los medios legales la conquista del poder. Esta es, en nuestro concepto, la única y verdadera explicacion de un hecho que lord Granville atribuyó á circunstancias naturales de carácter de la ilustre familia de Brunswick, la cual, segun manifestó al Consejo cierto dia, tal vez despues de haberse bebido como de costumbre un par de botellas de Borgoña, «siempre fué propensa á las querellas.» Y áun cuando es cierto que mucho debia conocer el carácter de sus príncipes por haber servido á tres generaciones sucesivas de ellos, no podemos admitir en absoluto su explicacion, bien que convingamos en hallarla demostrada históricamente hasta cierto punto, pues desde la época de Jorge I cuatro han sido los príncipes de Gales, figurando los cuatro en la oposicion casi siempre.

Pero, sea de esto lo que quiera, es lo cierto que al unirse S. A. el príncipe Federico al partido que

hacia la oposicion á sir Roberto Walpole, su apoyo comunicó á muchos de sus individuos el valor y la energía que les faltaban. Cargo de conciencia se habia estado haciendo hasta entónces á los *whigs* descontentos el votar cada dia con los jacobistas declarados, corresponsables perpetuos de la familia desterrada, ó con los *torjes* que acusaron á Somers, que murmuraron de Harley y de Saint John, reputándolos por poco celosos en el servicio de la Iglesia y de la propiedad territorial, y que si no atacaban á la familia reinante, la consideraban como el menor de dos grandes males, como preservativo necesario, pero humillante y enojoso, contra el catolicismo, con tanta más razon, cuanto que bien podia sostener Walpole de una manera plausible que Pulteney y Carteret, esperando saciar su sed de poder y de venganza, no escrupulizaban servir los proyectos de facciones hostiles á la sucesion protestante. Pero la presencia de Federico á la cabeza de los patriotas puso término á estos escrúpulos, y los jefes de la oposicion pudieron al fin alabarse de haber merecido que sus actos fueran sancionados por un personaje tan interesado como el Rey mismo en la ley de sucesion, y de atraer á los *torjes* uncidos á su carro en vez de servir sus planes. Fuerza es convenir en que á pesar de la conducta del Rey y del Príncipe, que no les hizo mucho favor por cierto, al padre por su dureza y al hijo por su falta de respeto, los esfuerzos pueriles en demasia de los dos, más sirvieron á consolidar que á debilitar el prestigio de la familia. Porque una clase de hombres políticos que se habia creído excluida para siempre del poder, y que desesperada por ello, estuvo á punto de afiliarse á la contrarevolucion como único remedio de levantar la manera de os-

tracismo en que vivía, vió con placer inmenso abrirse ante sus ojos, á consecuencia de esta lucha, una vía llana, segura y espaciosa para llegar al punto de sus deseos, persuadiéndose de que más valía y más práctico era esperar que la corona llegara según el orden natural de las cosas al heredero de la casa de Brunswick, que no exponer vidas y haciendas sublevándose en favor de los Estuardos: con esto la situación de la casa reinante se hizo igual á la de aquellas familias escocesas de la época revolucionaria, en la cual el padre y el hijo seguían banderas diferentes para que no les fuera confiscado el mayorazgo en ningún caso.

El mes de Abril de 1736 contrajo matrimonio el príncipe de Gales con la princesa de Sajonia-Gotha, y andando el tiempo llegó á vivir con ella en relaciones tales que semejaban mucho las de su padre con la reina Carolina (1). Porque, aún cuando el Príncipe adoraba en su mujer y la reputaba por la más peregrina criatura y de más ingenio y prendas personales, como pensaba también que la fidelidad

(1) También se llamaba Carolina la mujer de Jorge IV, nieto del príncipe Federico, la cual fué repudiada por su marido al año siguiente de sus bodas (1796), comenzando entonces aquella vergonzosa serie de escándalos, en los cuales hubieron de intervenir las Cámaras y los tribunales, y que no terminó hasta 1820. De este matrimonio solo nació una hija, la princesa Carlota, que fué la primera esposa del príncipe Leopoldo, después rey de los belgas. Carlota, refiriéndose á las querellas de sus padres, dijo un día á su médico, el Dr. Stockmar, confidente y amigo de Leopoldo. «Mi madre vivió mal: pero no habría sido así si mi padre no hubiera vivido peor aún.» condensando en estas palabras la historia privada de ambos personajes de tan triste celebridad. Véase *Denkwürdigkeiten aus den Papieren des Freiherrn Christian Friedrich von Stockmar*, 1. v. in 8.º, Brunswick, 1872.—N. del T.

conyugal no era virtud digna de príncipes, para imitar mejor á Enrique IV y al Regente, fingía ser libertino contra su inclinación, y abandonaba no pocas veces á la única mujer á quien quería para requerir de amores á cortesanas feas y desagradables.

El mensaje que la Cámara de los Comunes presentó en aquella ocasión al Rey con motivo del casamiento de su hijo, como no fuera propuesto por el gobierno, sino por Pulteney, jefe de los *whigs* de la oposición, dió lugar al primer discurso de Mr. Pitt. «Un historiador contemporáneo — dice á este propósito Mr. Thackeray — gradúa la obra de estreno del futuro lord Chatham de maravilla superior á los modelos más perfectos de la elocuencia clásica; y según Mr. Tindal, —añade,— con ser su estilo más florido que el de Demóstenes, fué ménos difuso que el de Cicerón.» Palabras y alabanzas son estas que se han repetido á saciedad y cuya boga sólo es parte á demostrar la negligencia con que generalmente piensa la mayoría de las gentes; porque, preguntaremos nosotros, Tindal que las usó primero, y Coxe y mister Thackeray que las repitieron, ¿han oído jamás un discurso que no mereciera idéntico elogio? ¿quién tuvo nunca elocuencia ménos florida que Demóstenes, ni más difusa que Cicerón? Por lo que á nosotros toca, no sabemos de ningún orador de quien no sea posible decir otro tanto, y ciñéndonos al discurso de Pitt de que tratamos, y tal cual lo reprodujo el *Gentleman's Magazine*, sólo diremos que no merece otro elogio que el de Tindal, no siendo más ni ménos que discurso de principiante, y tan vacío y lleno de verbosidad como es posible que fuera en semejante circunstancia. Sin embargo, la facilidad con que lo dijo y las prendas personales del jóven orador, llamaron la atención del concurso, y desde

aquel día la Cámara lo escuchó siempre con singular benevolencia, desarrollando despues el estudio y la práctica los raros talentos que poseía.

Ahora el auditorio de un miembro del Parlamento es la nacion; su voz y sus ademanes podrán agradar ó no á las trescientas personas que se hallan presentes cuando pronuncia un discurso; pero en el extracto de la sesion que leen al otro día centenares de miles de individuos, ya no hay diferencias entre la traza mezquina ó elegante, entre la voz sonora ó aguda, entre los ademanes distinguidos ó torpes. Hace un siglo apénas se consentía la publicidad de un extracto de la sesion, y de aquí que todo consistiera para un orador en el efecto que produjese sobre sus oyentes, consistiendo y basándose su fama con el público en general en las apreciaciones que hicieran sus oyentes. En los Parlamentos de aquel tiempo como en las Repúblicas, las cualidades que son parte á realzar el efecto inmediato de un discurso entraban por mucho más que hoy en los méritos de un orador, y Pitt las poseía en grado sumo. A ser cómico, nadie hubiera representado mejor á Coriolano ni á Bruto. Los que solamente alcanzaron el período de su decadencia, cuando su salud estaba destruida y como velado su espíritu, cuando abandonaba la tormentosa Cámara de los Comunes, cuyos caprichos conocia tan perfectamente, y sobre la cual ejercia ilimitada influencia, y se presentaba delante de un auditorio poco numeroso y mal dispuesto, esos dicen que balbuceaba sus discursos, que á veces levantaba la voz algunos minutos; pero que luégo volvía su oratoria á no ser sino confuso y monótono murmullo. Así era lord Chatham; pero así no fué William Pitt. Cuando pareció la primera vez en el Parlamento, era su

traza naturalmente agraciada y majestuosa, los rasgos de su fisonomia nobles y altivos, sus ojos llenos de vida y de animacion, y su voz tan flexible y extensa que, hablando bajo, se percibia en todos los extremos de la Cámara, y cuando la alzaba, desplegando todo su volúmen, entónces era como un órgano, cuyos acordes se percibian á traves de las escaleras y antecámaras, y en el recinto de Westminster Hall; cualidades importantísimas todas estas que Pitt cultivaba con asiduo esmero. Un observador malévolo dice que su accion era mejor y más dramática que la de Garrick, y es positivo que la movilidad de su fisonomia causaba maravilla. ¡Cuántas veces no desconcertó á un adversario con sola una mirada de indignacion ó de menosprecio! Todos los tonos, desde el acento más apasionado hasta el aparte más satírico, éranle familiares, siendo probable que su afan de perfeccionar las grandes dotes personales que poseía, diera tambien por resultado contribuir á desarrollar en él la pasion que tenia por los efectos teatrales, la cual, como ya hemos dicho anteriormente, fué uno de los vicios de su carácter.

Mas no fué única ni principalmente á sus dotes exteriores á lo que Mr. Pitt debió la influencia que logró gozar en la Cámara de los Comunes por espacio de treinta años, sino á sus condiciones de grande orador, condiciones cuya naturaleza y extension es fácil comprender leyendo las relaciones de sus contemporáneos y los fragmentos que nos quedan de sus discursos.

Pitt no preparaba nunca sus oraciones; y si algunas veces, en su larga carrera parlamentaria, contravino á esta regla, fué para fracasar completamente todas ellas, siendo buena prueba de esta

verdad su elogio del general Wolfe, que pareció á cuantos le oyeron la peor de sus arengas. Nunca ningun orador supo ménos que él aquello que habia de hablar, dice un crítico que lo habia oido con frecuencia. Pero esta facilidad suya se tornaba en defecto, no siendo por esa causa dueño, sino esclavo de su propia palabra; y tanto lo sabía y tan poco dueño era de sí una vez dado el primer impulso, que no queria tomar parte nunca en las discusiones cuando le preocupaba un secreto de Estado. «Fuerza es que me calle y esté quedo, dijo en cierta ocasion á lord Shelburne, porque cuando hablo es necesario que diga todo cuanto tengo en la cabeza.»

No era, sin embargo, hábil en la discusion. Ni tampoco tenia esto nada de extraño á los comienzos de su carrera, pues son pocos los que han logrado adquirir ese talento sin mucha práctica y grandes contratiempos. Lenta y gradualmente, como decia Burke, llegó Fox á ser en la discusion el orador más poderoso y brillante que haya existido jamás, y el mismo Fox atribuia su éxito á la resolucion que formó, siendo áun muy jóven, de hablar, bien ó mal, una vez al ménos cada dia: «Durante cinco legislaturas consecutivas (son sus propias palabras) he hablado diariamente, con excepcion de una sola vez, y nada siento tanto como no haber hablado ese dia.» En efecto, excepcion hecha de Mr. Stanley, en quien la táctica parlamentaria parece instintiva, sería difícil hallar un gran orador que no haya dominado su arte á costa del auditorio, ó, mejor dicho, que no haya hecho su aprendizaje á costa de él.

Pero si los oradores de cuenta no han logrado adquirir estos talentos, con muy contadas excepciones, sino á virtud de larga práctica, raro es tambien que consagrándose á ella con asiduidad no lo

hayan conseguido, y es, por tanto, verdaderamente singular que Mr. Pitt, cuyos talentos fueron tan brillantes, cuya facilidad y atrevimiento de palabra excedió á toda ponderacion, cuya vida entera pasó en las lides parlamentarias, y que fué durante muchos años el ministro director de la Cámara de los Comunes, nunca pudiera conseguir llegar al primer rango en el arte de la discusion. Hablaba sin preparacion, hemos dicho; pero su discurso seguia el giro de sus propios pensamientos y no del asunto que se trataba, sucediendo á veces que al recoger una palabra suelta de su adversario y tomarla por tema de sus censuras ó de sus sátiras, lo hacia con tan buena fortuna, que muchos de sus arranques oratorios más famosos son debidos á una frase imprudente, á una sorpresa ó á un aplauso. Pero esta es la única manera de réplica en la cual parece haber brillado, siendo, tal vez, el único grande orador inglés que no haya reputado á ventaja el decir la última palabra en las discusiones, y que haya preferido hablar primero que sus más formidables adversarios. El talento de Pitt era casi exclusivamente obra de retórica, pues si no sabía exponer bien, ni defenderse tampoco, sus discursos rebosaban de imágenes llenas de vida, de axiomas notabilísimos, de anécdotas admirablemente referidas, de alusiones felices y de frases conmovedoras; la invectiva y el sarcasmo las manejó de una manera terrible siempre, y nunca hubo en Inglaterra orador más temido por esta causa.

Pero lo que imprimia más efecto á sus declamaciones era su aire de sinceridad, de sensibilidad, de elevacion moral que animaba cuanto decia; que por lo demas, su estilo no era siempre del gusto más puro, y más de un crítico de su tiempo lo

halló florido con exceso. Walpole, por ejemplo, en medio del elogio entusiasta que hizo de uno de sus discursos, reconoció que algunas de sus metáforas eran muy forzadas, y en lo tocante á citas y anécdotas clásicas, no pocas de las suyas aún en boca de un estudiante habrían parecido triviales. Sin embargo, el auditorio se preocupaba muy poco de estos detalles, porque el entusiasmo del orador se apoderaba de cuantos lo escuchaban, y su fuego y su noble actitud vivificaban los pensamientos más frios y laberínticos, y reflejaba la dignidad de su persona en las alusiones más pueriles.

El talento de Pitt comenzó en breve á dificultar la marcha del gobierno, y Walpole determinó de hacer un ejemplar con el abanderado patriota, dándole de baja en las filas del ejército. Mr. Thackeray dice que adoptó esta resolución el gabinete persuadido de que le sería inútil pensar en atraerse por otros medios á un adversario tan honrado y desprendido. No dudamos ni por un momento de la integridad de Pitt; pero no acertamos con las pruebas que hubiera podido dar de su desinterés ántes de perder su empleo, y estamos seguros de que Walpole no se hallaba dispuesto á pensar siquiera en la probidad inflexible de un aventurero que jamás se había visto en el caso de rehusar cosa ninguna. Sea de esto lo que quiera, es lo cierto que tampoco tuvo nunca Walpole la costumbre de comprar sus enemigos. Burke dice á este propósito con mucha verdad, en su llamamiento á los antiguos *whigs*, que Walpole ganó pocos individuos á la oposición, porque sabía su oficio, añadiremos nosotros, pues para cada boca que se cierra merced á una credencial, luego al punto se abren cincuenta, y porque sabía también que no es buena la política

que sirve á persuadir á las gentes de que más ventajas pueden reportarse oponiéndose á ella que apoyándola y defendiéndola: máximas son estas tan antiguas como la corrupción parlamentaria en Inglaterra; y Pepys las aprendió, á lo que dice, de los mismos consejeros de Carlos II.

Nada perdió Pitt, sin embargo, con el contra-tiempo, porque á seguida fué nombrado gentil-hombre de cámara del príncipe de Gales, y continuó declamando contra los ministros con violencia igual y talento creciente siempre. El punto de derecho marítimo que á la sazón se ventilaba entre Inglaterra y España le brindó la ocasión de manifestar y desplegar todas sus fuerzas, clamando por la guerra de una manera incompatible con la razón ó la humanidad por su violencia, pero que le parece admirable á Mr. Thackeray. No discutiremos un negocio en orden al cual habíamos creído acordes y conformes á todos los hombres ilustrados, por más que nos fuera muy fácil demostrar que si los derechos internacionales merecen respeto; si la justicia, cuando se trata de las sociedades humanas, no es encubridora de la fuerza; si no adoptamos los principios de los filibusteros, que parecen ser los de Mr. Thackeray; si no sostenemos que los tratados nada significan á ménos de treinta grados al Ecuador, la guerra contra España fué injustificable. Ni tampoco habríamos menester de discutirlo cuando los mismos causantes de la guerra nos ahorran el trabajo de instruir su proceso, confesándose reos. «He visto, dice Burke, y examinado con esmero los documentos originales relativos á ciertos sucesos importantes de aquel tiempo, y ellos me han persuadido completamente de la notoria injusticia de aquella guerra y del aspecto falso bajo el cual, é inspirado de política de-

testable, permitió Walpole que fuera representada una medida que lo perdió. Algunos años despues del suceso tuve la suerte de hablar, así con los principales adversarios del ministro, como con aquellos que fueron los primeros en levantar bólicos clamores, sin que hallara uno solo que la defendiera y tratara de justificar su conducta; que todos la censuraban en términos tan acerbos cual si comentaran un hecho histórico en cuya realizacion no hubieran tomado parte alguna.» En cuanto á Mr. Pitt, harto demostró andando el tiempo que tambien estaba confeso y contrito; pero áun cuando su conducta en aquella circunstancia le pareciese á él mismo criminal, á los ojos de su biógrafo continúa siendo la más admirable que pueda decirse ni pensarse.

Las elecciones de 1741 fueron tan contrarias á Walpole, que hubo de presentar al Rey la dimision de su cargo, aunque no sin lucha prolongada y tenaz. El duque de Newcastle y lord Hardwicke entablaron negociaciones con los jefes de los patriotas, esperando formar un ministerio *whig*, y entónces, Pitt y sus más íntimos compañeros procedieron de una manera no nada honrosa, intentando ponerse de acuerdo con Walpole y ofreciéndole, si quería usar en favor de ellos de su influencia en el ánimo del Rey, ponerlo á cubierto de persecuciones. Pero Walpole sabía perfectamente que de nada le serviría el apoyo de los *chicos*, como él llamaba á los jóvenes patriotas, si Pulteney y Carteret permanecian inflexibles, y que si al cabo lograba traer á su partido á los jefes de la oposicion, tampoco le sería de ninguna utilidad la gente menuda, y rehusó la oferta. Es muy extraño, ciertamente, que Mr. Thackeray, á quien le ha parecido indispensable

consignar en su libro los versos tan malos que hacia en el colegio Mr. Pitt, no haya escrito una sola palabra en órden á este asunto, cuando tantos testimonios hay del suceso, y, además, se halla referido en un libro tan generalizado como lo es sin duda la *Vida de Walpole*, de Mr. Coxe.

Pero los nuevos arreglos descontentaron á todos los individuos de la oposicion, y á Pitt principalmente; y como ningun puesto le brindaron en el nuevo gobierno, prosiguió ejerciendo el oficio de patriota por su bien; que si hubiera formado parte de él, es muy probable que hubiera participado ámpliamente de la impopularidad de Sandys, de Carteret y de Pulteney. Mas, no siendo así, se tornó el más implacable y violento de cuantos excitaban á la venganza contra Walpole, y habló con mucho talento y energía en favor de las proposiciones más sañudas é injustas de los enemigos del ministro caído. No satisfecho con esto, puso á la Cámara de los Comunes en el caso de nombrar un tribunal secreto cuya mision fuera investigar la conducta del precedente primer lord de la Tesorería. Pero, áun cuando se hizo así, y la mayoría de los inquisidores fué notoriamente hostil al hombre de Estado que se acusaba, es lo cierto que se vió forzada de los testimonios á declarar que no hallaba rastro siquiera de crimen ninguno. A pesar de lo cual, tanto era su empeño de llevar adelante la inquisicion, que hubieron de pedir poderes para proseguirla, y además un *bill* de indemnidad para los testigos, ó, para decirlo más claramente, un *bill* que recompensara el servicio de cuantos fuesen á declarar, verídica ó calumniosamente, contra el conde de Orford. Pitt no tuvo el menor escrúpulo en apoyar el *bill* ante la Cámara, por más que hubiera ofrecido

ántes al de Orford servirle de antemural contra la saña popular si llegaba el caso. Hechos son estos que no quisiéramos vernos obligados á consignar, y que Mr. Thackeray calla ó pasa por ellos como sobre ascuas, movido sin duda del deseo de no rendir sino alabanzas á su héroe. Así y todo, y aún cuando la vida de lord Chatham presenta rasgos más agradables que no los descritos, ninguna es más instructiva que la suya; porque ¿cuál sería entónces el estado general de la moralidad política cuando un jóven, á quien con justicia se reputaba por el hombre público más íntegro y más atento siempre al bien de la patria de cuantos eran en aquella sazón, trataba de abrirse el camino del poder empleando medios tan bajos y vergonzosos?

La Cámara rechazó el *bill* de indemnidad. Walpole desapareció silenciosamente de la escena, y el puesto tan elevado que ocupaba en ella fué para Carteret. Con esto, Pitt comenzó á combatir á Carteret tan sañudamente como lo habia hecho con Walpole, y abrumó al ministro con los epítetos injuriosos que tanto abundaban en sus discursos, llamándolo pérfido, inícuo, execrable, corrompido y odioso. Pero lo que más abundante asunto prestaba siempre á sus invectivas, era el cariño que demostraba el gobierno á las posesiones alemanas de la casa de Brunswick; y tan rudos y violentos y elocuentes eran sus ataques, y tanto ingenio demostró en aquella campaña parlamentaria censurando la práctica de pagar con el peculio de Inglaterra las tropas hannoverianas, que le bastó para ser tenido por uno de los más ilustres oradores. Todo conspiraba también para que así fuera; porque la Cámara de los Comunes acababa de perder algunos de sus principales ornamentos; Walpole y Pulteney habian

pasado á la de los Lores, y sir William Wyndham no existía, no siendo posible hallar entre los hombres nuevos ninguno que compitiera con Mr. Pitt.

En el intervalo de dos legislaturas del año 1744 pasó de esta vida la duquesa de Marlborough, legando á la posteridad el recuerdo de haber sido la persona que mejor supo aborrecer de cuantas fueron en su tiempo, sin que por esto pretendamos decir que su amistad no fuera más nociva que su mala voluntad, porque treinta años ántes su afecto hundió al partido á que pertenecía y al marido á quien adoraba. Y como ni los años ni la experiencia lograron hacerla más dulce de carácter ni más prudente, aborrecía con la mayor sinceridad cuanto era grande y prosperaba en aquellos momentos. Habia odiado á Walpole ministro, y al dejar de serlo trasladó íntegro su enojo á Carteret. Mucho ántes de su muerte predijo Pope el fin que tendrian sus riquezas diciendo que «pararian en manos de personas desconocidas, si el cielo no las repartía entre los pobres.» Aquella vez el cielo intervino y llevó hácia Pitt, que formaba entónces entre los pobres, una parte del caudal de la viuda tan altanera de Marlborough, pues le dejó diez mil libras esterlinas en consideración á «la noble defensa que habia hecho de las leyes de Inglaterra, y de sus esfuerzos para impedir la ruina de la patria.»

El testamento se otorgó el mes de Agosto; la duquesa murió en Octubre, y en Noviembre ya era Pitt cortesano. Los Pelham habian obligado al Rey, mal de su grado, á separarse de lord Carteret, que ya se llamaba lord Granville, procediendo despues de tan señalada victoria á formar un gabinete sobre anchas bases, como entónces se dijo, y en el cual entraron Lyttelton en la Tesorería, y otros amigos